

CONSIDERACIONES ACERCA DEL ESTADO ACTUAL DE LOS ESTUDIOS SOBRE LA EDAD DEL HIERRO EN LAS PROVINCIAS DE TERUEL Y ZARAGOZA

*Jorge Juan Eiroa**

Aunque ha aumentado el número de los especialistas que se dedican al estudio de esta importante etapa de la prehistoria aragonesa, siguen planteados los mismos problemas básicos, en términos generales, que hace algunos años. La simple división de esta etapa en Primera Edad del Hierro (o época hallstática) y Segunda Edad del Hierro (o época ibérica), que hasta ahora hemos mantenido, por razones puramente metodológicas, no parece hoy responder a unas premisas ni uniformes ni absolutamente aceptables. Aspectos parciales, mutuas influencias, pervivencias o zonas retardatarias, nos obligan a suponer una mayor complejidad en la evolución de este amplio espacio de tiempo que ocupa desde los inicios del primer milenio a. C. hasta la época de la romanización, en la que el proceso histórico ofrece una aceleración importante que, en estos territorios, se traduce en importantes transformaciones que cambian sustancialmente ritmo y signo culturales.

I. LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

Esta época plantea una serie de problemas a la investigación tan complejos, que no es posible el estudio global de la etapa sin intentar previamente delimitar la importancia de fenómenos parciales de sumo interés. A

* Universidad de Zaragoza.

modo de planteamiento de la cuestión, con miras a una ulterior discusión, podemos ofrecer una panorámica general de estos problemas.

1. El sustrato cultural de la Edad del Bronce

Parece evidente que no es posible aislar la base étnica y cultural de las poblaciones de la Edad del Bronce, en el momento que hacen acto de presencia los inmigrantes de la Europa templada que traen las novedades culturales ya conocidas que definen los comienzos de la Edad del Hierro en Zaragoza y Teruel. Estas poblaciones, evidenciadas arqueológicamente en ambas provincias (Majaladares, Corral de Valero, Cueva de los Encantados, Castillo de Frías...), representan, sin duda, una importante base étnica que no puede ser ignorada, dándole a las migraciones hallstáticas un valor totalitario que no tienen.

Sin embargo, es clara la dificultad que ofrece el intentar una separación entre lo que podemos denominar Bronce Final y la llamada Primera Edad del Hierro, sobre todo cuando son tan escasos los yacimientos pertenecientes claramente a la Edad del Bronce que no se vean posteriormente afectados, de una u otra forma, por los elementos ultrapirenaicos en sus movimientos de penetración. Incluso se plantean problemas de coexistencia entre núcleos claramente hallstáticos del valle y zonas de montaña en la que siguen viviendo, con sus hábitats en cuevas, geográficamente cercanos, grupos que siguen desarrollando formas de vida propias del Bronce pleno, como ocurre en el Valle del Huecha.

No debe olvidarse tampoco que estas poblaciones de la Edad del Bronce no debieron permanecer aisladas de algunos fenómenos culturales peninsulares y extrapeninsulares, tales como los movimientos internos de los prospectores de metales desde los focos del sudeste o de la Meseta, la acción de los traficantes de objetos metálicos desde los centros de producción del noroeste peninsular o del suroeste francés, o la penetración de materiales de procedencia más remota, como las conocidas vasijas con asas de apéndice de botón que, habiendo sido interpretadas no hace mucho como las primeras aportaciones de los indoeuropeos, ofrecen hoy la posibilidad de ser investigadas como elementos de penetración anterior, fruto de un sustrato común en un territorio que va desde el norte de la península itálica (donde se las fecha por el C 14 desde el 1709 a. de C.), toda la costa mediterránea francesa y, ya penetrando en territorios hispánicos, por Cataluña y las provincias aragonesas.

Otro tanto podemos decir del ritual funerario. La pervivencia del ritual funerario de la Edad del Bronce, en el momento posterior a las penetraciones indoeuropeas, parece también clara, como lo evidencian los originales

conjuntos de sepulcros tumulares de incineración, donde vemos mezclarse el rito de la incineración del otro lado del Pirineo y la tradición tumular del Bronce local, dando como resultado, sobre todo en zonas como el Bajo Aragón, a lo que algunos autores han denominado el «hallstatt tumular bajoaragonés», que sigue sin estar suficientemente estudiado.

Ni qué decir tiene que sigue estando en pie el problema de las cerámicas incisas y lisas de esta etapa, de las que sabemos poco, si exceptuamos los estudios de los conjuntos de los portadores del vaso campaniforme, para los que no sólo debemos suponer una larga pervivencia, sino que, además, aún está por conocer la influencia que pudieron haber tenido en la aparición de otras técnicas de elaboración ceramista.

Nada, o casi nada, sabemos de los contactos de estas poblaciones de la Edad del Bronce con otras áreas cercanas, como la Meseta o las tierras litorales del Levante. Algunos paralelismos pueden empezar a establecerse, con base en aspectos muy parciales y, desde luego, insuficientes, como son los motivos decorativos de las cerámicas de Cabezo Redondo de Villena, el Castillo de Frías de Teruel y la Cueva del Asno de Soria. La escasez de la técnica de «punto y raya», que en la Meseta suele aparecer (no siempre) asociada a la excisa, es otro punto más de reflexión para este momento.

2. El medio ambiente

Es éste un aspecto del estudio arqueológico que cada vez resulta más necesario para complementar nuestros conocimientos. Y, por desgracia, nada o casi nada conocemos en las provincias de Zaragoza y Teruel durante la Primera Edad del Hierro, referente al entorno ambiental. La idea de suponer un ambiente ecológico similar al actual, a partir del Subatlántico, parece absolutamente errónea. Ni el entorno florar ni la biomasa debieron ser iguales a los que hoy conocemos. Y ello debió de influir (como sigue influyendo hoy) sobre las poblaciones que ocuparon estos territorios.

La ausencia total de diagramas polínicos y el escaso valor que habitualmente se les da en las excavaciones de este momento cultural a los restos óseos de fauna, así como el escaso número de estudios de suelos, son el mayor inconveniente con el que contamos para el mejor conocimiento del medio ambiente.

Habitualmente presuponemos una serie de actividades agrícolas y ganaderas asociadas a los inmigrantes indoeuropeos que penetran en las provincias de Teruel y Zaragoza. Pero esta idea está basada solamente en unos pocos resultados arqueológicos extraídos de escasos yacimientos, en la mayor parte situados en territorios alejados de las zonas básicas de estudio. Tanto en Zaragoza como en Teruel faltan estudios de flora, fauna y suelos para la

época hallstättica. Y no debe olvidarse que el aspecto ecológico es, en muchos casos, decisivo para la interpretación de los fenómenos culturales. Baste recordar cómo en otras zonas europeas el cambio climático (es decir, el cambio ambiental) tuvo valor definitorio para la interpretación de fenómenos migratorios o de ocupación de determinados territorios. Por ejemplo, en Polonia sabemos hoy que a finales de la Edad del Bronce tuvieron su apogeo los terrenos de pastos. Pero a finales del Subboreal tuvo lugar una intensa deforestación que motivó la desaparición del carpe, lima y avellano, lo cual se ha puesto de manifiesto en los yacimientos con carbón vegetal y en el creciente aumento en los yacimientos de existencias de cereales. Y este hecho se observa tanto en las tierras altas como en las bajas. Resulta de gran interés la evidencia del aumento de las precipitaciones en la fase Subatlántica en determinados territorios, como lo demuestran los árboles arrancados de raíz por las crecidas fluviales y la abundancia de conos aluviales. Esto refleja un clima que, para la Europa central, se iba haciendo cada vez más frío, con un período especialmente crudo (de intenso frío) que debió de tener lugar hacia el 850 a. de C. y que se prolongó durante más de cien años, lo cual tuvo, como sabemos, importantes repercusiones en los desplazamientos humanos a otras zonas más propicias.

Pues bien, estos datos se han extraído sobre todo en yacimientos del tipo del de Berlín Lichterfelde, por medio de estudios de suelos, análisis de pólenes y de restos de fauna. Allí, el abedul aumentó su frecuencia a lo largo de la vida del llamado Pozo n.º 2 hasta concentrar en las zonas superiores en una proporción de más del 70% de todo el polen. Sin embargo, la aparición de hierbas de pasto fue bastante irregular. El pozo dio pólenes abundantes de pino, abedul y tilo y, en menor proporción, de sauce, cereales, helechos y flores silvestres.

Todos estos datos son «fechables» en términos arqueológicos, como se ha demostrado en los yacimientos de Europa central. Hace más de 40 años, LAIS demostró cómo los perfiles de la parte superior del Rin contenían una fase de «tempero rojo», atribuida al aumento de la sequedad y fechada en el Eneolítico y, en algunos casos, el final de la Edad del Bronce. También ZEUNER, en un trabajo ya clásico y basado en estos mismos supuestos, atribuía la formación de tierras rojas y podsoles en determinadas áreas a un período de aumento de lluvias que era sucedido de otro seco, provisionalmente atribuido a las fases Subboreal-Subatlántica. Más recientemente, según informa Geoffrey DIMBLEBY y refiere HOLE, se ha continuado trabajando con esta serie de evidencias en sedimentos, sobre todo en áreas de calizas, relieves kársticos y en zonas en las que es posible rastrear una secuencia de moluscos. Una serie de perfiles, como el de Pennickental, cerca de Jena, aportan

la evidencia de una interrupción en la sedimentación subacuática con una sustitución temporal debido a las condiciones de la tierra más seca; parte de este corte está fechado arqueológicamente como inmediatamente anterior al Hallstatt A 2 (hacia el siglo XI a. de C.), aunque se sugiere en otras zonas una fecha algo más tardía.

En los territorios que ocupan las provincias de Teruel y Zaragoza no existe ningún estudio de este tipo, referente a una clara secuencia arqueológica. Solamente en otras áreas y para épocas paleolíticas, sobre todo, se han realizado algunos pocos análisis de suelos y, más recientemente, se ha publicado un diagrama polínico sobre niveles arqueológicos de transición entre el Bronce Final y los comienzos del Hierro, en un yacimiento de la Meseta (la Cueva del Asno, Soria) que, por tratarse de un estudio aislado, centrado en esa área cultural, poco o casi ningún valor referencial tiene por el momento.

Compréndase, pues, la importancia que tiene el que, en los futuros trabajos de campo, se deba intentar extraer este tipo de datos para esta etapa tan interesante de las penetraciones hallstáticas. Los movimientos migratorios «célticos» tienen una importantísima base ecológica que los explica en buena medida. La desaparición de las condiciones climáticas óptimas en Centroeuropa parece haber actuado como resorte, en cierto modo, para estos grandes desplazamientos de las poblaciones de los campos de urnas. El poder conocer cómo actuaron esos cambios en nuestros territorios podría explicar el por qué de la elección de determinadas áreas que, evidentemente, se nos ofrecen hoy como receptoras de importantes contingentes humanos, como ocurre en el Bajo Aragón, que se nos presenta en época hallstática como una zona de ocupación selectiva. Y eso debe tener, sin duda, una razón que debemos buscar y justificar (no sólo intuir) en las mejores condiciones de la tierra y del clima para el tipo de actividades de los recién llegados.

Lo mismo podemos decir en cuanto a los restos de fauna. Las excavaciones no deben despreciar los restos óseos hallados en los yacimientos. La determinación de especie, sexo, edad estimada, peso..., y el número de los restos estadísticamente valorados, pueden ofrecer una panorámica social y económica que hoy, a grandes rasgos, conocemos por pequeñas referencias, pero desconocemos en detalle. Hasta ahora hemos valorado excesivamente las motivaciones religiosas, militares y sociales al interpretar los asentamientos de la Edad del Hierro en nuestros territorios. Las motivaciones económicas, que no han sido tratadas en profundidad, se basan en la posesión y explotación de un territorio. Conocer las condiciones de esos territorios, desde el punto de vista ecológico, es ahora fundamental para nuestro trabajo.

3. Aspectos étnicos

Hasta ahora hemos venido interpretando el comienzo de la época hallstática, desde el punto de vista étnico, como una penetración humana llegada del otro lado del Pirineo, que cae (suponemos que pacíficamente) sobre unos territorios en los que persisten poblaciones autóctonas de la Edad del Bronce Final, modificando sus condiciones de vida sensiblemente.

Los recién llegados, para los que se suponen unos orígenes muy discutidos (recuérdense las conocidas tesis de KOSSINNA, PEAKE, CHILDE, GOODENOUGH, BOSCH, GIMBUTAS, NEUSTUPNY...), cruzan los Pirineos en un momento poco definido por los investigadores. Unos sitúan esta penetración —para la que no consideramos adecuado el término «invasión»— hacia el siglo X a. de C. (PALOL, MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, ALMAGRO GORBEA), otros hacia el año 900 (como BOSCH GIMPERA), el siglo VIII (MALUQUER) o el IX (BELTRÁN, GIL FARRÉS), existiendo en la actualidad una tendencia, sobre todo entre los investigadores más jóvenes, a suponer una penetración más temprana, que incluso puede alcanzar al siglo XII a. de C.

El problema aparece rodeado de grandes dificultades de interpretación. Desconocemos todas las rutas seguidas en sus migraciones y aunque supongamos determinados pasos por la cordillera, no tenemos suficientes bases de apoyo para afirmar cuál fue seguida inicialmente, cuál después, cuál fue la más importante o la de mayor tráfico humano. Desde luego son pocos los autores que hablan hoy de «oleadas», en el sentido masivo y momentáneo, y cada vez se va generalizando más la idea de que no se trató solamente de una penetración de norte a sur, sino que debió existir un continuo ir y venir de uno a otro lado, con mezcla de mutuas influencias.

Hasta el momento hemos valorado excesivamente las aportaciones hallstáticas a la Península y se han despreciado bastante las posibles aportaciones peninsulares en sentido contrario, quizás porque las investigaciones se han basado en determinados materiales arqueológicos, como la cerámica, olvidando otros elementos, como los instrumentos metálicos de bronce, comercializados desde los centros peninsulares desde mucho antes de los movimientos célticos.

Pero incluso esos supuestos comienzan a ponerse en tela de juicio. La cerámica excisa, por ejemplo, es analizada por algunos autores como un elemento para el que hay que suponer centros de producción local y centros receptores de los prototipos foráneos. Incluso alguien ha apuntado ya la idea de que este tipo de cerámica pudiera tener una tradición local desde, por lo menos, el horizonte cronológico de las gentes portadoras del vaso campaniforme, en el que ya se puede apreciar la técnica de la excisión.

La metalurgia del Bronce local, tan rica en algunas zonas peninsulares, debió tener su obligada comercialización. El estudio tipológico, con ser sumamente importante, no aclara todos los aspectos del fenómeno comercial metalúrgico, sobre todo si se tiene en cuenta la generalización, al final de la Edad del Bronce, de determinados prototipos «standar» que tienen una amplia difusión. De aquí que sean necesarios hoy los análisis metálicos completos, de los que se puedan extraer datos cualitativos y cuantitativos (porcentajes de las aleaciones, trazas, impurezas, presencia de otros elementos significativos aparte del cobre y el estaño, etc.), de forma que sea posible el establecimiento de paralelismos basados en detalles tecnológicos, que complementen los resultados obtenidos por medio del estudio tipológico.

Por otra parte, es frecuente que los investigadores extraigan conclusiones de tipo demográfico con base en el estudio de aspectos urbanísticos. El tema es atractivo, pero puede inducirnos a considerables errores de apreciación. En las provincias de Teruel y Zaragoza, solamente un yacimiento (el poblado del Cabezo de Monleón) ha sido completamente excavado para esta etapa. Podríamos añadir San Antonio de Calaceite y el Castillejo de la Romana, pero éstos entran ya plenamente en la época ibérica y su urbanismo responde ya a otras premisas, como el de Azaila. Por eso es urgente la publicación de las plantas de los poblados hallstáticos y, desde luego, su excavación total, ya que las excavaciones parciales sólo aclaran aspectos muy incompletos.

Muy poco podemos extraer, desde el punto de vista del estudio de la población, del conocimiento de las instituciones de origen «céltico» en época romana. Las gentilidades aportan escasos datos y las centuriaciones son prácticamente desconocidas en nuestros territorios. Además, no puede olvidarse que este tipo de instituciones llegan a la época romana tras una larga etapa de consolidación, en la que pudieron sufrir modificaciones sustanciales, de forma que las conclusiones extraídas tendrán siempre un valor referencial relativo y deberán ser tratadas con suma cautela. Lo mismo podemos decir de aspectos filológicos tan interesantes como la toponimia, de la que poseemos datos relativamente abundantes, pero muy dudosos en la mayoría de los casos. Aún no se ha realizado en nuestro país un solo estudio léxico-estadístico, que tal vez podría aportar algún dato de interés en este campo (salvo el loable intento de BOSCH GIMPERA, que abarca un campo muy amplio del «problema indoeuropeo», en el que colaboró MORRIS SWADESH).

Los problemas étnicos son, pues, considerables. Muy poco nos ayuda, en el campo de la antropología física, el generalizado rito de la incineración de los cadáveres, que elimina los restos mortuorios de los inmigrantes, privándonos así de unos datos que serían muy valiosos.

4. Los elementos arqueológicos

Los materiales arqueológicos de esta época son muy numerosos, por fortuna, pero han sufrido un desigual tratamiento. De algunos yacimientos apenas conocemos el lugar en el que se encuentran sus materiales; de otros sólo conocemos aspectos parciales y sus materiales se encuentran repartidos entre diversos museos; otros materiales han sido repetidamente publicados y, por fin, algunos yacimientos han sido correctamente excavados y publicados. La riqueza material de la Primera Edad del Hierro en nuestras provincias es extraordinaria y los fondos de los museos provinciales son buena prueba de ello (no sólo los de Zaragoza y Teruel, sino también el Arqueológico Nacional o el de Barcelona, por poner sólo dos ejemplos fuera de Aragón).

Los diversos materiales plantean problemas arqueológicos de suma importancia, que podemos esquematizar así:

a) *La cerámica*. El mayor interés se centra en las cerámicas excisas, acanaladas y pintadas, de supuesto origen indoeuropeo.

Ya hemos insinuado la problemática actual de las cerámicas excisas. A las tesis localistas se vienen a unir ahora datos de sumo interés, como es la fecha de C-14 del yacimiento soriano de Caracena, en el que en un nivel fechado en el siglo XIV a. de C. aparecen fragmentos de excisa asociada a la conocida cerámica de Boquique. Las fechas de los yacimientos vascos con este elemento cerámico son también elevadas. Hasta hace pocos años se consideraba la línea del Tajo como límite de la «celtización» peninsular y, por añadidura, de la cerámica excisa. Hoy el supuesto límite ha quedado desbordado. La cerámica excisa aparece también en Villena, Sagunto, Los Saladares (Orihuela), Purullena, Monachil y Mezquitilla (Granada). Un reciente hallazgo de un importante poblado «céltico» en Extremadura ofrece la posibilidad de pensar que estos hallazgos no sólo se debieron a contactos esporádicos de las gentes hallstáticas con los centros desarrollados del sur peninsular. Y todo ello nos obliga a replantearnos el problema de este elemento arqueológico.

André COFFYN ha estudiado recientemente las vinculaciones de los grupos franceses y españoles con cerámica excisa y de su trabajo se desprende que hay dos grupos en Francia que interesan especialmente a la hora de explicar las posibles procedencias de los vasos hallados en territorios aragoneses: el grupo de Saint Vérédeme, en el sudeste francés, que influye en los hallazgos de Cataluña y el bajo Ebro, y el grupo de Les Ouffaits, en el suroeste francés, que explica, según COFFYN, los hallazgos del alto Ebro. En tierras de Teruel y Zaragoza, el grupo más homogéneo lo encontramos en el Bajo Aragón (zonas de Caspe y Alcañiz). Este grupo parece ser el más antiguo y todos los investigadores lo han emparentado, hasta ahora, con los gru-

pos de los territorios centrales del Rin, del Hallstatt A y B (del 1200 al 750 a. C., según REINECKE —Hallstatt A 1 y A 2 de MULLER-KARPE y Período Urnfield I-III de GIMBUTAS—).

Pero, al mismo tiempo, es evidente la falta de unidad cultural de los ambientes en los que aparece la cerámica excisa. Y esto plantea un complejo problema de interpretación.

La cerámica pintada, más escasa en nuestros yacimientos, ofrece una problemática similar. De ella decía BOSCH GIMPERA en 1944, refiriéndose a la de San Cristóbal de Mazaleón, que *parece tener relación con la cerámica pintada hallstática alemana* de Niedermockstadt (Alto Hesse) y de Kobers-tadt (Langen), que se suelen fechar en el Hallstatt C, paralelismo que suscribió BELTRÁN en 1955, alejándose después de esta idea (1960) tras apreciar *bastantes diferencias*. Los hallazgos zaragozanos y turolenses son ya clásicos (Cabezo de Monleón, Palermo, Mazaleón, La Almohaja de Bezas), decorados con color violeta oscuro sobre el fondo natural del barro (zona de Caspe) y de colores amarillo, rojizo y negro (en Mazaleón y La Almohaja). Recientes hallazgos en la zona del Huecha, Caspe y cuenca del Huerva, hacen pensar que la distribución de esta cerámica es, en tierras aragonesas, más amplia de lo que se había pensado.

La cerámica acanalada sigue presentando las mismas lagunas de estudio que hace algunos años. Su aparición es frecuente, tanto en yacimientos turolenses como zaragozanos, sin que por ahora estemos en disposición de establecer una evolución cronológica fiable, aparte de los indicios que nos puedan ofrecer las vasijas completas en las que sea posible apreciar ciertas evoluciones en las formas. Las del Bajo Aragón se podrían paralelizar con las acanaladas catalanas del tipo de las del Coll del Moro (Gandesa), que son iguales que las de Serós, al sur de la provincia de Lérida, ya cerca de Mequinenza.

Ninguna novedad en cuanto al estudio de los *Kernoï*, que siguen ofreciendo las mismas perspectivas de brillantes paralelismos, apuntados ya por BELTRÁN.

Las cerámicas con decoraciones plásticas ofrecen también un campo de estudio muy interesante. Recientemente (julio 1980) ha encontrado A. ÁLVAREZ en la necrópolis de Fila de La Muela (Alcorisa) una vasija, dentro de un círculo tumular, que tiene decoración plástica de manos con cuatro dedos, que ofrece un simbolismo paralelo a ciertos recipientes rituales hallados en el área tartésica, estudiados por E. CUADRADO, que atribuye su introducción a los comerciantes del mundo semita y que ofrece un panorama de amplias posibilidades de trabajo.

b) *La metalurgia*. Pese a la denominación de Primera Edad del Hierro que le damos a esta época, el hierro es un elemento casi desconocido hasta, por lo menos, el siglo VII a. C., fecha hacia la que se puede apreciar una

paulatina generalización de los elementos metálicos de hierro, que siguen un proceso paralelo al del impacto colonizador costero levantino (sobre todo griego) y, por añadidura, al proceso formativo de la ulterior cultura ibérica. Por lo tanto, esta etapa hallstática en las provincias de Teruel y Zaragoza no conoce el uso del hierro sino tardíamente. El metal predominante (la aleación) es el bronce, casi exclusivamente. Por eso, hablar de metalurgia de la época hallstática es hablar de la metalurgia del bronce.

Los hallazgos metálicos en los yacimientos no son abundantes. En la mayor parte de los casos se trata de materiales procedentes del tráfico comercial o, en todo caso, refundidos *in situ*, como lo evidencian los pocos moldes de fundición que conocemos y que suponen la existencia de una actividad artesanal local, insuficiente para una producción susceptible de ser comercializada y, en todo caso, centrada en zonas muy concretas, como el Bajo Aragón o el Bajo Cinca, que son las de más frecuencia de hallazgos metálicos y de moldes de fundición de este período.

Si atendemos a los datos que nos ofrecen los moldes de fundición (para fundir utensilios de bronce) hay un predominio de moldes para hacer elementos de trabajo y armas. Pero si atendemos a los hallazgos metálicos, la evidencia es que lo que predominan son los utensilios de adorno personal.

Toda la zona supuestamente receptora de las penetraciones hallstáticas, tanto en Cataluña como en Aragón, es deficitaria en minerales de cobre y estaño, si la comparamos con los focos metalúrgicos del sur o del noroeste peninsulares, tan ricos en materias primas, como evidencian las cartas de distribución de yacimientos mineros, tanto en Andalucía como en Galicia. Con base en esta evidencia, algunos autores han apuntado la idea de que los territorios inicialmente *hallstáticos* de la península son, en este sentido, más europeos que hispánicos desde la Edad del Bronce, puesto que dependen más de la metalurgia foránea que de los recursos propios, de tal manera que la penetración hallstática supone, en cierto modo, un proceso de unificación cultural (aunque suponemos que no étnica) de las diversas poblaciones que se encontraban en distintos momentos de evolución cultural en las zonas receptoras.

La ausencia de materias primas para la metalurgia convierte a estos territorios turolenses y zaragozanos en una zona de actividad comercial que se basa en el tráfico de productos metálicos ya elaborados. Este tráfico pudo tener, esencialmente, cuatro núcleos de procedencia: uno, el noroeste peninsular, en el que el rico foco gallego del llamado Bronce Atlántico mantuvo un intenso tráfico de metales (seguramente más terrestre que marítimo), como lo evidencian los clásicos *escondrijos* que se encuentran no sólo en el noroeste, sino, además, jalonados más al interior (Huertas de Arriba, Coruña del Conde, Covalada, el Moncayo), lo cual puede suponer una línea de contacto

con el Continente, a cuyas influencias, más o menos fuertes, no escaparían los territorios aragoneses; otro, al sur andaluz, a través de zonas intermedias, como la Meseta (con la que ya conocemos algunos paralelismos); otro, el Levante, a través de las tierras costeras, con zonas de penetración posibles, como el Maestrazgo, planteándose aquí el problemático asunto de la anterior influencia argárica en tierras de Teruel y Zaragoza, insuficientemente estudiado; y, por último, el sur francés, a través del cual pudieron llegar las influencias del notable foco bretón y, desde más lejos, las de Centroeuropa.

Todo esto no supone descartar la posibilidad de la existencia de un foco metalúrgico propio, en algunas zonas de alta concentración de población, como el Bajo Aragón (zonas de Caspe y Alcañiz), que practicaría un tipo de metalurgia artesanal centralizada en determinadas familias (como evidencian las concentraciones de moldes de fundición en determinadas casas, como ocurre en el Roquizal del Rullo) que se dedicaría a la imitación de prototipos y a la reutilización del metal, pudiendo contar en algún caso con recursos propios.

Las matizaciones que puedan hacerse en el futuro cuando se estudien los distintos tipos metálicos, deberán basarse en el análisis completo de los instrumentos, como ya hemos apuntado, de tal forma que pueda determinarse no sólo la tipología, sino además la posible procedencia. Dado que es muy fuerte la uniformidad tipológica de ciertos elementos (como ocurre, por ejemplo, con las hachas o las espadas) del final de la Edad del Bronce, sólo la tipificación tecnológica podrá registrar *tipos* de aleaciones, de trazas o de impurezas propias de determinadas zonas productoras, como ya se está demostrando en otras áreas europeas.

c) *Poblados y necrópolis*. Poseemos abundantes datos, tanto en Teruel como en Zaragoza, de poblados de época hallstática. La mayor parte de estos poblados tienen, además, una segunda fase de ocupación por gentes ya iberizadas. Determinar el momento en el que este fenómeno se produce parece de esencial importancia, aunque las dificultades que se presentan son, evidentemente, muchas.

Para la seriación cronológica de los poblados, sobre todo los del Bajo Aragón, se siguen utilizando las apreciaciones de BOSCH y las posteriores de ALMAGRO y BELTRÁN.

Martín ALMAGRO propuso en 1952 una evolución cronológica para los poblados que comprendía dos fases hallstáticas y una ibérica. La primera fase correspondía al Hallstatt C europeo (700-600 a. C.) y se apreciaba en los poblados de Cabezo Torrente y del Roquizal del Rullo. La segunda fase, del Hallstatt C europeo (600-500 a. C.), se basaba en los poblados de Escondines Altas y Bajas, San Cristóbal de Mazaleón y en la capa interior de Azaila. Y la tercera fase, ya con cerámicas a torno y pintadas (ibérica ple-

na), en los poblados de Tossal Redó, El Vilallonc y la capa inferior de San Antonio de Calaceite.

A. BELTRÁN, en un trabajo clásico, aumentó las etapas hallstáticas en tres y terminaba con una fase ibérica. La fase I se representa, según BELTRÁN, en el Cabezo de Monleón, Roquizal del Rullo, El Cascarujo, Las Tajadas de Bezas y Cabezo Torrente de Chiprana (al que relaciona con el oscense de Las Valletas de Sena). La fase II, en las Escondines Altas y Bajas, San Cristóbal de Mazaleón, la necrópolis y el nivel inferior de Azaila, el poblado antiguo de Tossal Redó, Mas de l'Hora, Vall de la Cabrera, El Vilallonc y el nivel inferior de San Antonio de Calaceite. La fase III presenta el final de esta cultura y abre un período posthallstático que se aprecia en el Tossal Redó, Piuro del Barranc Fondo y La Gessera. La fase IV ofrece ya poblados ibéricos.

Posteriormente, J. TOMÁS MAIGI propuso, en 1961, una sistematización que, partiendo del Bronce final, etapa a la que dividía en dos subperíodos (1-facies del Cabezo del Cuervo y 2-facies del Roquizal del Rullo, ya hallstática), se desarrollaba en el Hierro I, con una facies (la hallstática de San Cristóbal de Mazaleón, hacia el 600 a. C., que hacia el 500 conoce ya la cerámica a torno); el Hierro II, que lo hace aparecer como un período de transición, hacia el 400 a. C., y, por fin, el Hierro III, que ya es un período ibérico, con plenitud hacia el 300 a. de C.

Para TOMÁS MAIGI la facies hallstática de San Cristóbal de Mazaleón es la única que aparece en una secuencia clara.

Más recientemente E. SANMARTÍ GREGO, en un trabajo sobre la comarca del Matarraña, en el que estudia el problema de las cerámicas de importación en los poblados, señala el comienzo de la influencia costera en San Cristóbal de Mazaleón hacia el 700 a. de C., y en el Tossal Redó, La Gessera y Els Castellans, a partir del 600. SANMARTÍ estima que la penetración costera de signo fenicio se produce en los poblados hallstáticos, a los que supone en plenitud de sus actividades, a partir del siglo VII a. de C., para cristalizar, hacia el V, en lo que ya denominamos época ibérica. Estas ideas llevan a su autor a alargar el inicio de la vida de los poblados del Bajo Aragón casi 150 años antes de lo que supuso BOSCH y 100 antes de lo que afirma BELTRÁN.

Las necrópolis plantean un problema más complejo. En ocasiones aparecen asociadas al poblado junto al que se sitúan, como ocurre en el Cabezo de Monleón o en el de la Loma de los Brunos. Pero otras veces aparecen necrópolis aisladas, y otras, poblados que, aparentemente, no tienen necrópolis.

El problema central en el estudio de las necrópolis de túmulos de incineración, tan distintas a los campos de urnas clásicos, es determinar si estos

túmulos, en los que existe una clara dualidad de rito funerario, ya que por una parte se conserva el túmulo de inhumación propio de los tiempos del Bronce final y, por otra, dentro de los túmulos aparecen vasijas de incineración propias de las gentes de los campos de urnas, responden a la existencia de dos comunidades distintas que conviven en la misma zona pacíficamente, o bien, si ello es consecuencia de dos ocupaciones distintas, de dos grupos humanos diferentes, en momentos alejados cronológicamente.

Por el momento los materiales no aclaran demasiado y, a título personal, opinamos que estos túmulos de incineración, tan abundantes en las tierras del Bajo Aragón, son el resultado de una original mezcla de ritos funerarios, que conlleva una compleja idea religiosa (y quizás también política) que aproximó espiritualmente a la aristocracia guerrera de origen europeo y a los grupos locales receptores de sus influencias.

En todo caso, es éste un problema digno de ser analizado con más detalle, en base a las minuciosas observaciones de los materiales y al estudio tipológico de las plantas de los túmulos.

II. LA SEGUNDA EDAD DEL HIERRO

Tras una fase de expansión de los grupos hallstáticos desde el Valle del Ebro hacia otras latitudes, como los bordes de la Meseta en sus territorios septentrionales, que posteriormente es ocupada y puesta en explotación, como lo evidencian los comienzos de los castros meseteños (niveles inferiores de El Royo y Valdeavellano de Tera), comienza en las tierras de Teruel y Zaragoza una fase protoibérica a la que sucede, sin solución de continuidad, la época ibérica, que configura en nuestras tierras lo que venimos denominando la Segunda Edad del Hierro, sin que sea válida la filiación de este momento con la época de La Téne, pese a la notable influencia de sus materiales desde centros de distribución como Marsella o Ampurias (como supone, entre otros, E. CUADRADO), sobre todo a partir de finales del siglo V a. de C.

Una serie de detalles nos invitan a recapacitar sobre las causas de este cambio cultural: la superposición de la cerámica pintada hecha a torno sobre los antiguos asentamientos hallstáticos del Hallstatt C-D, las modificaciones en el urbanismo de los poblados y en las casas de la primera fase, la aparición de elementos exóticos que evidencian contactos nuevos... etc., todo lo cual nos lleva a suponer el final del apogeo hallstático en las zonas de más concentración humana (como el Bajo Aragón), que debió tener lugar en un momento intermedio entre los siglos VI y V a. C., con una etapa previa, que puede fecharse a partir del siglo VII a. C., de influencias costeras que confi-

gurarían lo que ahora llamamos *impacto protocolonial*, al que las tierras de Teruel y Zaragoza no fueron del todo ajenas, como lo evidencian los hallazgos de San Cristóbal de Mazaleón, Tossal Redó, Les Ombries, San Antonio de Calaceite... etc.

Este cambio hay que interpretarlo como un fenómeno puramente cultural que aparece como consecuencia, esencialmente, de los contactos comerciales y de la proximidad de los asentamientos fenicios, griegos y cartagineses en la costa levantina, desde donde ejercen una influencia considerable sirviendo de intermediarios entre otras tierras mediterráneas y el levante español, al que hacen participar en los progresos conseguidos al otro lado del mar. No entra aquí en juego, como ocurrió con la indoeuropeización, el fenómeno de la penetración étnica masiva, que no podemos documentar. Sin embargo, los resultados fueron tan espectaculares que podemos afirmar que esta influencia supone la inclusión de los pueblos peninsulares en el modelo de vida de los pueblos mediterráneos, con todo lo que esta idea lleva consigo: cambios religiosos y sociales, nuevas ideas arquitectónicas, imitación de modelos artísticos (que luego adquieren una personal originalidad), cerámicas a torno, etc.

No se trata de un proceso ni uniforme ni idéntico en todas las comarcas afectadas. Ni siquiera en las tierras turolenses o zaragozanas sigue un idéntico ritmo de fijación. De aquí que el estudio deba ser enfocado con una clara perspectiva geográfica.

1. El impacto costero

En nuestra área de trabajo, la zona que mejor evidencia el tránsito desde el horizonte hallstático al mundo ibérico, no sin algunas lagunas, es el Bajo Aragón. Esta zona, junto con el Maestrazgo, la cuenca del Matarraña, el Panadés, el Priorato... fue estudiada por BOSCH y VILASECA, partiendo del Bronce final, hasta la plenitud del siglo V, manejando algunos datos de cronología absoluta. Lo mejor conocido es la cuenca del Matarraña, el Bajo Ebro y el Bajo Maestrazgo.

Desde aquí, desde el punto de vista geográfico-arqueológico (o histórico, si se prefiere) se ofrecen dos territorios, que son como dos ejes de expansión. Por un lado, la costa levantina; por otro, el eje del río Ebro, con caminos paralelos a uno y otro. Los yacimientos abundan en ambos caminos y justifican, en cierto modo, la rápida iberización del Valle del Ebro.

En estos dos ejes se puede apreciar un horizonte pre o protoibérico, con notables influencias de los hallazgos semitas anteriores a lo ibérico propiamente dicho, aunque con algunos problemas por resolver, como la cronología de la cerámica *fenicia* o la ausencia generalizada de la llamada *cerámica de barniz rojo*, y con hallazgos griegos hacia el 550 a. de C.

El horizonte ibérico pleno se puede fechar a partir del siglo V a. de C. (o algo antes) con un desarrollo de plenitud que llega hasta el siglo III a. de C. y que comienza a desdibujarse a partir del 218 a. de C. por poner una fecha simbólica.

El influjo colonial se aprecia desde el siglo VII a. de C. en las tierras del Bajo Aragón. Las cerámicas finas de importación aparecen en San Antonio de Calaceite en el siglo VII. En el siglo VI hay cerámicas finas de importación en el Tossal Redó, La Gessera y Els Castellans. Y, a partir del siglo V a. de C., la presencia de estas cerámicas se generaliza y se hace mayor su número, siendo un centro de notables hallazgos San Antonio de Calaceite, donde, entre el siglo V a. de C. y el final del iberismo, se documentan 32 hallazgos de cerámicas finas de importación.

Es posible que las primeras importaciones aisladas penetrasen en el Valle del Ebro por el río Matarraña o por el Guadalope, en una zona que aparece como retardataria de las influencias del Bronce final. Esta influencia comenzó hacia el siglo VII a. de C., a través de centros intermediarios de la costa valenciana e incluso castellonense, como pudo ser el poblado de Vinagarrel (Burriana), y seguir a lo largo del siglo VI a. C., momento a partir del cual comienza el influjo focense, desde Massalia o Ampurias, que tanta importancia tiene para las tierras bajoaragonesas, sin que esto suponga la interrupción de las penetraciones fenicias, como se evidencia en el Tossal del Moro, por ejemplo.

Sin embargo este fenómeno de penetración no afecta por igual a todos los territorios. Incluso hay zonas que no lo sufren, como lo evidencian algunos yacimientos del tipo del Castillejo de la Romana, en Puebla de Híjar, recientemente excavado por BELTRÁN LLORIS, en el que las cerámicas de importación son ya itálicas y en el que, además, existe una fuerte base indígena que parece demostrar que recibió el fenómeno de la iberización ya plenamente formado.

En cualquier caso, en tierras turolenses y en algunos territorios de la zona oriental zaragozana, la iberización aparece definida hacia finales del siglo VI a. de C. y principios del V, apareciendo como un fenómeno más superficial cuanto más se penetra al interior, en dirección oeste y quedando absolutamente desdibujado a partir del límite del río Huerva, aproximadamente, tras el que se configura un territorio en el que son más notables las influencias hallstáticas que ibéricas.

2. Los elementos arqueológicos

a) *Poblados y necrópolis*. Las primeras transformaciones se pueden apreciar en algunos aspectos materiales del cambio cultural. Pese al eviden-

te sustrato indoeuropeo de los poblados, algunos de ellos ofrecen un evidente cambio en sus estructuras. En Calaceite observamos cómo el poblado hallstático sufre ampliaciones y modificaciones a lo largo del siglo IV a. de C., desarrollando un tipo de urbanismo más complejo que se aprecia en el trazado general y en las modificaciones de las estructuras de algunas viviendas. En Azaila, donde el iberismo es bastante más fuerte, se aprecia una notable diferenciación entre el poblado, con una estructura general que supone un urbanismo sumamente complejo, y la antigua necrópolis de campos de urnas, situada en las proximidades, de neta raigambre hallstática. Pero, en términos generales, el sustrato hallstático es fuerte en todas las zonas y las transformaciones afectaron más a aspectos socio-económicos que a los puramente materiales. La aparición de nuevas concepciones artísticas, de notable influencia mediterránea algunas de ellas, como la decoración pintada de las cerámicas, la plástica, la escultura, recientemente documentada en Cabezo Palao, las cerámicas... la aparición y desarrollo de una economía basada en una compleja estructura monetaria, la generalización del torno de alfarero y del uso del hierro (que comporta la aparición de novedosos instrumentos de uso diario y de armas) y, sobre todo, el desarrollo del alfabeto, que supone un gigantesco avance cultural, no del todo conocido en detalle.

Sin embargo, en algunos aspectos parciales de la cultura, continúa siendo muy acusado el aspecto «indoeuropeo» del mundo ibérico aragonés. Por ejemplo en las necrópolis siguen utilizando el enterramiento tumular, con cistas rectangulares de piedra y, algunas veces, de mampostería, conteniendo la urna con las cenizas del cadáver, con la única novedad de la aparición, en algunos casos, de estelas decoradas con el característico caballo con jinete.

Se puede hacer un intento de evolución de estas necrópolis con base en la que aparece como fase más antigua correspondiente a un Hallstatt C-D (en el Roquizal del Rullo), una fase más evolucionada en Mazaleón y Cabezo de Monleón y una fase claramente ibérica en San Antonio de Calaceite y Azaila, en la que recientemente se ha logrado identificar al difunto enterrado en el túmulo indígena.

b) *La cerámica* ofrece un importante campo de trabajo a la investigación, ya que es a partir de este material como se puede conocer mejor la evolución de estas formaciones culturales, no sólo en las cerámicas a torno, pintadas o lisas, sino también en las cerámicas importadas de procedencia oriental. En este sentido sigue siendo meritorio el trabajo de M. PELLICER, aunque las novedades, desde la elaboración del mismo, han sido notables y en la actualidad varios investigadores se dedican a este tema.

PELLICER sistematizó la cerámica ibérica del Valle del Ebro en 5 períodos evolutivos, de los cuales el I o Período Arcaico se refiere a los primeros contactos entre los colonizadores y los colonizados en las costas levantinas.

Pudo comenzar hacia el 700 a. C. y presencia la llegada de los prototipos de origen greco-púnico, como las ánforas del Coll del Moro y del Piuró de Mazaleón, o las copas de La Gessera. Entonces, en un ambiente puramente hallstático, aparecen las primeras cerámicas a torno (minoritarias) del Valle del Ebro, como las encontradas en el Roquizal del Rullo y en Escondinas Altas, aún sin decorar con pintura.

El II período, entre el 450-300 a. de C., contempla ya la fabricación *in situ* de los materiales y en los alfares indígenas se fabrican formas prestadas por los colonizadores, de tradición jónica, como el *kilix* ático, que se imita en el Castellet de Tivisa, o en San Antonio de Calaceite, o el *oinochoe* del Piuró de Mazaleón, o los vasos acampanados de San Cristóbal y Anseresa.

El Período III, de apogeo, entre el 300-200 a. de C., será el mejor momento de la cerámica ibérica en el Valle del Ebro. Es la fase de iberización total y, por eso, la cerámica alcanza gran preciosismo, con talleres locales de gran importancia, ya con características muy originales.

A partir de aquí se desarrolla el período ibero-romano, ya con clara influencia de la cerámica romana, entre el 200-50 a. de C., etapa en la que los lujosos productos romanos invaden el Valle del Ebro, a punto ya de culminar su romanización.

c) *Numismática*. Todas estas transformaciones tienen una clara repercusión en la conducta de los grupos humanos que poblaron las actuales provincias de Teruel y Zaragoza en época ibérica. La principal es la fijación en el terreno de determinados grupos humanos, con el desarrollo de un territorialismo que debió llevar sobre sí una fuerte carga política. La identificación de entidades políticas o de grupos tribales no ha terminado. A los ilergavones, lobetanos, suessetanos... etc. debemos añadir, tras el espléndido trabajo de FATÁS, el grupo de los Sedetanos, plenamente identificados política y territorialmente. Sin embargo, lógicamente, se nos escapan los límites reales de esta territorialidad, dada la dificultad de vincular cada poblado, sobre todo en las zonas limítrofes, con un grupo humano determinado. El estudio de la numismática puede ser decisivo en este aspecto. Los recientes estudios sobre las monedas ibéricas del Valle del Ebro de A. DOMÍNGUEZ; sobre el tesorillo de denarios de Alagón, de A. BELTRÁN; sobre los tesoros monetarios de Azaila, de M. BELTRÁN; sobre la circulación monetaria en el valle, de L. VILLARONGA; o sobre la identificación de la ceca de Arsaos de FATÁS, o la de Bolscan de A. DOMÍNGUEZ, por citar a unos pocos, es buena prueba del interés que despierta el tema.

d) *Epigrafía*. La existencia de un alfabeto ibérico conlleva la de una serie de inscripciones, algunas ampliamente estudiadas, tanto en piedra como en metal. A las conocidas inscripciones de Cretas, Calaceite, Albalate del Arzobispo, Azaila, Lécera, Oliete, La Iglesuela del Cid, Peñalba de Villas-

tar, Monreal de Ariza, Zaragoza... etc. hemos de añadir la reciente lectura de la cara B del conocido bronce de Botorrita y el excepcional hallazgo del bronce de Contrebia. El valor documental de estos hallazgos es absolutamente extraordinario. El bronce de Botorrita, escrito en alfabeto ibérico y lengua celtibérica, cuenta ya con abundante bibliografía, que suponemos aumentará. El bronce de Contrebia está escrito en latín, pero hace referencia a un litigio entre localidades de raigambre ibérica. Entre otros datos, este extraordinario hallazgo ha servido, por ahora, para delimitar bastante bien la frontera lingüística entre el celtíbero y las lenguas no indoeuropeas, en una zona que se puede centrar en el punto medio del Ebro, dato filológico que encaja bien con las apreciaciones arqueológicas que hemos expuesto anteriormente, al señalar cómo las influencias de lo ibérico quedan desdibujadas, en dirección oeste, hacia la línea divisoria del Huerva.

Abundan en el texto los topónimos indoeuropeos, que es otro dato a manejar a la hora de valorar las transformaciones que experimentaron estos territorios en su base «céltica», tras el impacto costero.

e) *Metalurgia*. Son relativamente abundantes los restos metalúrgicos que han aportado los yacimientos turolenses y zaragozanos de la época ibérica. Armas, objetos de adorno, útiles de trabajo diario... configuran una proliferación del trabajo y del comercio del hierro, e incluso la aparición de centros de producción locales, algunos bien documentados.

Las armas están representadas por las espadas, sobre todo, con un conjunto importante hallado en Arcóbriga (Monreal de Ariza) en el que encontramos tipos de empuñaduras con antenas y hojas pistiliformes de evidente raigambre hallstática, que perviven en estos territorios celtibéricos hasta la generalización de las falcatas. La falcata está representada por modelos que imitan prototipos orientales que aparecen hacia el final del siglo IV a. C. Y, además, puntas de flecha, hachas, puntas de lanza, regatones y puñales. Algunos de estos elementos se siguen realizando en bronce, como las puntas de flecha y las hachas.

Entre los objetos de adorno las fíbulas tienen especial interés, sobre todo las de puente y las anulares hispánicas, así como las de doble resorte, que pueden tener damasquinado de plata, como la encontrada en Los Castellares de Herrera de los Navarros, decorada con espléndido jinete.

Casi nada sabemos de la orfebrería, aunque suponemos que debió existir una actividad artesanal dedicada a ella, como parece evidenciarlo el hallazgo de Chalamera.

Algunos broches de cinturón merecen especial atención por su damasquinado de plata, como los hallados en Azaila, San Antonio de Calaceite o Monreal de Ariza, seguramente fechables entre el V-II a. de C. Brazaletes (como el recientemente encontrado en El Bursau), anillos (El Pilaret de

Santa Quiteria) y otros pequeños objetos de adorno, parecen seguir teniendo una clara influencia hallstática.

Los instrumentos de trabajo y uso diario, destinados a cumplir una función claramente utilitaria, son abundantes: anillas, hachas, clavos, calderos, picos, barras, bocados de caballo, podaderas, azuelas, tijeras de esquila, etc. En Zaragoza, los yacimientos en los que mejor se documenta esta metalurgia son: Los Castellazos de Mediana, La Corona de Fuentes de Ebro, Azuda de Maella, Cabezo de las Minas de Botorrita (con un reciente lote de hallazgos clandestinos, depositados en el Departamento de Arqueología de la Universidad, entre los que figura una nueva inscripción ibérica), El Piquete de la Atalaya de Zuera, Los Castellares de Herrera de los Navarros, Arcóbriga, Belmonte, La Oruña de Veruela, El Cerro de la Cueva de Esquila de Borja... y otros más en los que son frecuentes los hallazgos de bronce y de hierro.

En Teruel, el conocido Cabezo de Alcalá de Azaila, con abundantes materiales, El Palomar de Oliete, el recién publicado Castillejo de la Romana en La Puebla de Híjar, El Castillejo de Griegos, San Antonio de Calaceite, Los Castillejos de Puertomingalvo, El Castelillo de Alloza y el conocido Alto Chacón de Teruel, entre otros, con abundantes lotes metálicos, tanto en hierros como en bronce.

Los centros mineros, de los que se extraían las materias primas para la elaboración de la metalurgia, también aparecen parcialmente documentados. Muy conocido en la bibliografía es el centro minero del Moncayo, con el yacimiento de La Oruña (Veruela), que ofrece abundantes restos de escorias de fundición, así como otros lugares de la comarca de Tarazona.

Más reciente es el hallazgo de otro centro metalúrgico, también en la zona cercana al Moncayo, cerca de Épila.

La existencia de algunos pocos moldes de fundir (como el bivalvo que se conserva en el Museo de Zaragoza, hallado en tierras de Veruela) hace suponer una continuidad de las técnicas que desde la Edad del Bronce se conocían, como bien ha expuesto A. M. RAURET en su obra.

III. EVOLUCIÓN CRONOLÓGICA

Desde el punto de vista cronológico, a modo de esquema de trabajo, podemos sintetizar así las ideas anteriormente expuestas:

FASE I (entre 1100-850 a. de C.):

Primeras penetraciones hallstáticas hacia la llanada alavesa y Cataluña, con elementos de los Campos de Urnas. Aparición de las primeras cerá-

micas excisas en Álava; primera necrópolis en Cataluña (Can Missert y Agullana). Primeras penetraciones hacia el Valle del Ebro, en un momento intermedio (Cabezo de Monleón). Desplazamientos a lo largo de la cuenca del Ebro (Cortes de Navarra, El Redal).

FASE II (entre 850-650 a. de C.):

Ocupación selectiva del Bajo Aragón (Cabezo de Monleón, Roquizal del Rullo, Cabezo Torrente). Aparición de áreas locales con características originales, como los túmulos de incineración bajoaragoneses. Selección de áreas geográficas útiles para la agricultura cerealista y la ganadería subsidiaria. Delimitación territorial de grupos humanos. Primeros desplazamientos selectivos hacia la Meseta, desde el Valle del Ebro. Aparición en los yacimientos bajoaragoneses de las primeras cerámicas finas de importación. Impacto costero protocolonial en todo el Levante.

FASE III (entre 650-450 a. de C.):

Fijación de grupos humanos en territorios concretos. Sedentarismo selectivo parcial. Continúa la penetración de cerámicas finas de importación en el Bajo Aragón. Hacia el 550, primeros hallazgos griegos. Penetración de los instrumentos de hierro. Modificaciones en las plantas de los poblados y las necrópolis. Primeras cerámicas a torno. Desplazamientos hacia los bordes septentrionales de la Meseta. Ocupación de la Meseta y comienzo de la vida de los castros meseteños (niveles inferiores de El Royo, Castillejo de Fuensaúco, Valdeavellano de Tera). Período protoibérico y comienzo, sin solución de continuidad, de la cultura ibérica plena.

FASE IV (entre 450-200 a. de C.):

Época ibérica. Cerámicas a torno. Generalización del uso del hierro. Sistema monetar. Alfabeto. Delimitación territorial de grupos humanos con base en unas estructuras políticas. Continuidad de algunos aspectos de la cultura hallstática. Al final, inicios del proceso de romanización.

IV. ALGUNOS RECIENTES TRABAJOS

En la investigación de campo se está desarrollando una actividad intensa, de la mano de los Departamentos de Prehistoria y Arqueología e Historia Antigua de la Universidad, así como de los museos de Zaragoza y Teruel, que a su vez vinculan en estas tareas a personas y grupos afines.

Estos trabajos podemos resumirlos, atendiendo a las dos etapas en las que hemos dividido esta síntesis, de la siguiente forma:

1. Época Hallstättica

a) Provincia de Zaragoza

En Uncastillo ha excavado J. I. ROYO en el Corral de Mola una interesante necrópolis tumular, cuyos resultados están ya en prensa, con la colaboración de J. PAZ. Se han excavado cinco túmulos que ofrecen materiales muy antiguos, tal vez fechables a partir del siglo VIII a. de C. Los materiales son muy diversos, desde fíbulas de doble resorte, broches de cinturón, brazaletes, botones... etc.

BURILLO¹ ha trabajado en los yacimientos de El Busal de Uncastillo, necrópolis tumular de incineración, con abundantes materiales, y en Puyalmanar (Sádaba), donde encontró un molde de fundición de arenisca, de época hallstättica.

FRAGO, AGUILERA y ROYO han dado a conocer² los resultados de sus trabajos en los yacimientos de Burren Burrena (Fréscano) y El Bursau (Borja); este último ofrece un nivel hallstättico intacto, paralelizable al PIIB de Cortes de Navarra, con hallazgos metálicos en bronce. Igualmente han trabajado en El Morredón (Fréscano), poblado que ya dio a conocer HERNÁNDEZ VERA³ y que pudo ser destruido por un incendio en el mismo momento que el estrato PIIB de Cortes de Navarra. Los materiales son también muy interesantes.

BURILLO y FANLO han estudiado el Alto de la Cruz (La Muela), poblado de marcado carácter agrícola, paralelizable a Cortes, y Burren Burrena, que debió finalizar hacia el siglo VI-V a. de C.⁴

En el verano de 1980 J. J. EIROA ha realizado su primera campaña de excavaciones en el poblado y necrópolis hallstätticos de la Loma de los Brunos, en Caspe, donde ha hallado un interesante urbanismo que se aparta ligeramente de lo habitual en este tipo de poblados y una secuencia estratigráfica que comienza con un nivel de transición entre el Bronce Final y la época hallstättica, hallando además unos materiales sumamente clásicos de cada etapa. La excavación se ha realizado también sobre dos de los túmulos de incineración de la necrópolis, igualmente con resultados muy positivos. A la hora de entrar en prensa esta memoria está igualmente en prensa un avance de la campaña (*Cuadernos de Estudios Caspolinos*, n.º 3).

¹ BURILLO, F. (1977), «Materiales de la Primera Edad del Hierro aparecidos en el "Busal" (Uncastillo, Zaragoza)», *Estudios*, III, Zaragoza.

² AGUILERA, I. y ROYO, I. (1978), «Poblados hallstätticos del Valle del Huerva», *Cuadernos de Estudios Borjanos*, II.

³ HERNÁNDEZ VERA, J. A. (1979), «El poblado hallstättico de Morredón (Fréscano, Zaragoza)», XV, C. N. A., Zaragoza.

⁴ BURILLO, F. y FANLO, J. (1979), «El yacimiento del Cabezo de la Cruz (La Muela, Zaragoza)», *Caesaraugusta*, 47-48, Zaragoza.

b) Provincia de Teruel

En julio de 1980 excavó A. ÁLVAREZ, del grupo «Bajo Aragón», parte de la necrópolis de Fila de la Muela (Alcorisa), en la que se ha documentado un enterramiento con estructura de piedras y barro, de planta oval, con un murete diametral, con restos de varias urnas, fragmentos de hierro y una interesante vasija con decoración plástica de manos con cuatro dedos. Él mismo ha trabajado en El Morenillo (Alcorisa), que es un yacimiento que ha proporcionado moldes de fundición y cerámicas acanaladas e incisas de campos de urnas. Su ocupación parece de finales del Hallstatt, cuando se recibe el impacto de las primeras cerámicas a torno. En niveles muy inferiores se ha notado una ocupación más antigua con cerámicas a mano, bruñidas.

ÁLVAREZ, ENRÍQUEZ y ALOM han publicado recientemente⁵ la espada de antenas de Alcorisa, con una referencia a la necrópolis de Fila de la Muela.

Y en la comarca de Mora de Rubielos, F. BURILLO se dedica a prospeccionar una amplia zona, con miras a la ulterior situación de los yacimientos, que posteriormente serán estudiados.⁶

2. Época ibérica

a) Provincia de Zaragoza

En julio de 1980 A. BELTRÁN ha continuado la excavación del Cabezo de las Minas de Botorrita, en el que se ha descubierto una estructura de edificaciones, con cuatro columnas toscamente trabajadas, así como diversos materiales que evidencian la destrucción violenta del poblado.⁷

b) Provincia de Teruel

M. BELTRÁN, que sigue realizando el plan de trabajos de campo del Museo de Zaragoza, ha publicado recientemente los resultados de sus excavaciones en el poblado ibérico del Castillejo de la Romana, de Puebla de Híjar, que parece estar en estrecha relación con el poblado de Azaila.⁸

⁵ ÁLVAREZ, A.; ENRÍQUEZ, J. J., y ALOM, J. (1980), «La Espada de Alcorisa y la Necrópolis de Fila de la Muela», *Bajo Aragón. Prehistoria*, II.

⁶ *Arqueología* 79, Ministerio de Cultura, Memoria de las actuaciones programadas en el año 1979, Madrid, 1980 (Prov. de Teruel).

⁷ BELTRÁN, A. (1974), *Aragón y los comienzos de su historia*, Universidad de Zaragoza, (desde la p. 47).

⁸ BELTRÁN, M. (1979), «El poblado ibérico de Castillejo de la Romana (La Puebla de Híjar, Teruel)», *E. A. E.*, Ministerio de Cultura, Madrid.

F. MARCO realiza otra nueva campaña de excavaciones en el Cabezo Palao, de Alcañiz, poblado fortificado con restos de varias viviendas y dos templos, con materiales tan interesantes como las dos esculturas de équidos en piedra arenisca, que son el primer caso de escultura prerromana en el Valle del Ebro.⁹

P. ATRIÁN ha excavado en el poblado de El Palomar de Oliete, en el que se han hallado abundantes cerámicas, algunas con decoración pintada de figuras humanas. Este poblado parece perdurar hasta el siglo I a. de C.¹⁰

Por fin, desde el punto de vista bibliográfico, nos remitimos a la reciente publicación (julio de 1980) de la síntesis de A. BELTRÁN,¹¹ en la que se ofrece un estado de la cuestión. Posteriormente ha sido publicada la obra de BURILLO¹² en la que nos ofrece referencias de más de cincuenta localizaciones de yacimientos en las cuencas del Huerva y el Jiloca, así como los primeros estudios de G. FATÁS sobre el conocido bronce de Contrebia¹³ y la breve síntesis de J. J. EIROA sobre la época hallstättica en Aragón.¹⁴

⁹ *Arqueología 79 (cit.)* y BARDAVIU, J. y THOUVENOT, R. (1930), *Fouilles dans la region d'Alcañiz (province de Teruel), I Alcañiz El Viejo, II El Palao, Cabezo del Moro*, Bibliothèque de l'École des Hautes Études Hispaniques, XI, 2, Burdeos-Paris, 30-80.

¹⁰ *Arqueología 79 (cit.)* y ATRIÁN, P. (1968), «Una inscripción ibérica en el Palomar de Oliete, Teruel», *Teruel*, 39, 117.

¹¹ BELTRÁN, A. (1980), «Arqueología Aragonesa», *II Jornadas sobre el estado actual de los estudios sobre Aragón*, Zaragoza.

¹² BURILLO, F. (1980), *El Valle Medio del Ebro en época Ibérica (Contribución a su estudio en los ríos Huerva y Jiloca Medio)*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza.

¹³ FATÁS, G. (1980), «El Bronce de Contrebia», *Bajo Aragón. Prehistoria*, II, Zaragoza.

¹⁴ EIROA, J. J. (1980), «Las migraciones célticas en Aragón», *Alcorces*, Tema aragonés, 13, Zaragoza.